

Presentación de la Memoria Académica 2020-2021

José Luis Fernández Fernández

Cátedra Iberdrola de Ética Económica y Empresarial – ICADE

Querer contribuir al bien social es un empeño loable. Habernos convencido de que tenemos unas tareas que hacer, constituye un necesario primer paso para avanzar en la resolución de cuestiones complejas. Conseguir implicar en el empeño a distintos agentes representa la única manera razonable de diseñar una estrategia con visos de éxito, sobre todo, cuando consideramos la magnitud de los problemas que se quieren acometer.

Ello implicará aprender a colaborar y llevar a efecto un ejercicio de lucidez que dé cuenta de cuál habría de ser el papel que cada agente debiera desempeñar en el entramado colaborativo: los gobiernos nacionales y las administraciones públicas, de una parte; las instituciones regionales de integración pluri estatales, de otra... constituyen el marco político, que debiera ejercer un rol impulsor y un estímulo eficaz para el progreso. Las instituciones de la denominada sociedad civil, naturalmente, habrán de tener su propio cometido. Pero ejerciendo de tales y sin abdicar de su idiosincrasia; manteniéndose fieles a su esencia y en línea con la misión que les otorga norte y sentido. Debieran, en todo caso, permanecer con ánimo y perseverancia en la búsqueda de la consecución de su propósito organizativo, en aras del bien común.

Por otro lado, ha sido un acierto sumar a la común tarea con la que entre todos habremos de tratar de resolver los desafíos que ante nosotros se despliegan al mundo de la economía: mercados, empresas, consorcios, agentes que operan a escala planetaria y que, si bien, de una parte, son acreedores al reconocimiento de tantas y tan indiscutibles buenas acciones; no lo son menos, en contrapartida, como responsables de algunos otros resultados lamentables. En su *haber* cabe anotar, sin duda, la innegable contribución en la mejora de las condiciones de vida de muchas personas; en el incremento de unos niveles de bienestar y desarrollo inimaginables al margen de su concurso.

Como digo, la cara menos grata del proceso es también patente y no menos real. Sea ello debido a la imposibilidad metafísica de sustraerse a la parte destructora en todo proceso de creación e incluso de innovación –y, por supuesto, en toda actividad productiva: recordemos la fórmula *schumpeteriana* de *la destrucción creadora*–; lo cierto es que las empresas, los mercados y los agentes económicos que, en buena medida, gobiernan el rumbo, marcan el compás y fijan el destino de la nave que a todos nos transporta, ofrecen una cara menos amable, que está necesitando ser corregida con eficacia y buen tino.

Con lo que va dicho en los párrafos anteriores ya tenemos un buen punto de arranque. Ahora bien: nadie debiera llamarse a engaño ni asumir de manera automática que, una vez hemos identificado el objetivo al que aproximarnos –más o menos realista o utópico– y sobre todo, con haber realizado la tarea previa - ¡y harto compleja! - de levantar acta de los datos del problema...

ya estaría todo hecho. Nada de eso: con lo realizado, apenas está cubierta ni siquiera el primer tramo de la etapa prólogo. Pues, en efecto, con lo que va dicho no se ha ido más allá del diseño inicial de un itinerario, eso sí, razonablemente bien establecido. Ahora toca ponerse a trabajar: seguir perfilando vías de avance e identificar estaciones de parada y fonda; habiendo levantado con precisión topográfica las curvas de nivel en el accidentado terreno, feraz y abrupto, por el que habremos de transitar.

Por lo demás, tampoco resulta chica faena la de convenir en qué hitos tendrían que ser alcanzados, así como en qué cotas se habrían de culminar en un horizonte temporal razonable. En tal sentido, la denominada *Agenda 2030* y los famosos 17 Objetivos para el Desarrollo Sostenible (ODS) merecen ser acogidos, si no con un entusiasmo desbordante, sí cuando menos, con la esperanza contigua a las creativas respuestas que cabe esperar a partir del diseño de un proyecto tan retador y de tanta envergadura. Ello, contando con que no se nos malogre la cosecha, en el caso de que se institucionalicen algunos errores -entre ellos, la autocomplacencia y triunfalismo- a los que me referiré unos párrafos más adelante.

En todo caso, una vez suficientemente consensuado entre todos el “a dónde vamos” y el “por dónde”; una vez identificado, con el realismo necesario, el “dónde estamos”, habrá que emplearse a fondo en convencer a tirios y a troyanos de que este juego merece la pena; de que no nos podemos permitir el lujo del desencanto, ni cabe darle entrada al pretexto de la pusilanimidad. Mucho menos procedería enrocarse en el mantra de un egoísta y miope “a mí, ¡qué más me da!”; porque lo cierto es que a todos nos afecta -en mayor o menor medida; y ya mismo o dentro de un tiempo; y, en consecuencia, a todos concierne e incumbe tratar de dar cumplimiento a las metas en que se despliegan aquellos diecisiete Objetivos.

Este proceso, sin duda, requiere de mucho hablar; de grandes dosis de sensibilización; y de un no menor ejercicio de pedagogía: no es pensable nada serio ni eficaz al margen de la apelación a un convencimiento responsable; o si se me permite un retruécano, a partir de la doble fuente de la ética según Max Weber- esto es, ética de la convicción, de una parte; frente a ética de la responsabilidad, de otra-; digo que, si se me permite leerlo por pasiva, cabría hablar de la también de la necesidad por parte de las empresas de la pertinencia de asumir un ejercicio de responsabilidad convencida.

Naturalmente, mucho más seria y fundamentada que el que se ha venido aduciendo décadas atrás cuando el *ritornello* era el de la RSE. Su casi completa desaparición del discurso actual en favor del término Sostenibilidad -y sus variantes- no es sino un ejemplo de la superficialidad con que se tienden a generar narrativas de cortos vuelos que, en el mejor de los casos no acaban haciendo nada -ni bueno ni malo-; pero que, sin duda, constituyen ocasiones baldías y frustración de expectativas acariciadas con entusiasmo por una ciudadanía cada vez más perpleja y cansada de ver cómo vuelve la piedra a rodar ladera abajo, dejando al pobre Sísifo, una vez más, al borde de la desesperación

Si aceptamos como objetivo el de que la *academia*, entre otras cosas, tendría la obligación moral de tratar de aportar rigor, seriedad, criterio, sistema y solvencia intelectual al discurso público; habríamos de concluir que, estando las cosas como están y, al socaire de por dónde se articulan los mantras y *claims* mercadotécnicos, tal vez uno de los servicios mejores a la causa de la Sostenibilidad, vendría a ser, precisamente, el de evitar que se siga banalizando en la práctica el relato; y que continúe sin encontrar la fundamentación adecuada en lo teórico.

Porque, el hecho cierto es que podría dar la impresión de que estaríamos asistiendo a una suerte de pensamiento ingenuo para el que, con sólo *decir* las cosas, ya se consiguiera el ensalmo casi

fetichista de hacerlas emerger en la realidad. Según ello, estaríamos a punto de entrar en el mejor de los mundos posibles, a punto de dar con el bálsamo de Fierabrás que transmuta cualquier artilugio, modelo de negocio o cachivache en sostenible... y bueno para el planeta... como por encanto.

Esta manera hiperbólica de hablar y de abusar del relato, al hacer que todo sea ya sostenible, quita significatividad al concepto, banaliza el discurso de la sostenibilidad; y *-last but not least!*- no hace sino instrumentalizarlo *-al another tool for business-*, en el peor de los casos. O de fomentar una autocomplacencia, imperdonable, cuando tantas cosas tenemos que seguir haciendo... supuestamente, antes de que llegue el mítico guarismo 2030 al calendario.

Aquí viene rodado recordar aquello de que, en latín, *agendus-a-um* era el participio pasivo del verbo *ago-is-ere-agi-actum*. O sea, hacer en castellano; y que, en consecuencia, las cosas que deben ser hechas *-agenda-* sería el nominativo neutro plural del participio, que se declina como, por ejemplo, el adjetivo *bonus-a-um*.

El triunfalismo del “¡misión cumplida!” no nos lo debiéramos de permitir jamás... Porque, en el supuesto de que así haya sido; contando con que, pueda estar dándose el caso de que se hayan escalado ya algunas cotas en la ascensión, siempre queda el plus ultra, el más allá, el *magis*, la *insaturabilidad* del concepto de bien, que siempre puede ser sustituido por algo mejor.

Estamos abocados a vivir siempre en proceso; abriendo veredas y haciendo camino al andar; ensayando sin garantía de éxito *a priori* y proponiendo cosas nuevas *-innovando-* en múltiples y variados ámbitos de la vida: en lo económico y en lo político; en lo cultural y en lo social. Incluso en el modo de relacionarnos con la propia Tierra y el cosmos que nos sostiene y da vida...

Donde parecen no caber excesivas variaciones sobre el tema, por fortuna, es en los dominios propios de la Ética y de la Filosofía Moral.

Esta Memoria, que recoge algunas de las iniciativas y trabajos académicos llevados a efecto en el curso 2020-2021 en el marco de la Cátedra Iberdrola de Ética Económica y Empresarial de la facultad de Ciencias Económicas y Empresariales *-ICADE*, de la Universidad Pontificia Comillas, aspira a ser un peldaño en la escala. Modesto, pero firme.

Finalmente, quiero dejar testimonio de gratitud a Iberdrola por su apoyo constante y eficaz en la dinámica de la Cátedra. Lo hago expresamente en las personas de Dolores Herrera y de Mónica Oviedo, que son quienes, en representación de Iberdrola, forman parte de nuestro Consejo Asesor. Sin su patrocinio y colaboración no sería posible avanzar en la tarea académica que, como va dicho *supra*, tanto interesa mantener, en aras a una economía más eficiente y equitativa, desde el empeño firme por impulsar la ética de la empresa y apuntando a una gestión responsable que, desde el ánimo de innovar en procesos, mercados y productos, vaya incluso más allá de lo legalmente exigible, liderando sendas que conduzcan a un mundo mejor para todos.

Cierro estas consideraciones, redactadas a modo de presentación, agradeciendo a los miembros del Consejo Asesor, a los profesores e Investigadores miembros de la Cátedra; y a todos nuestros amigos y colaboradores su implicación y cercanía.

De manera muy significativa quisiera mencionar a Susana García-Casal Puime, quien nos ha venido acompañando como Coordinadora de Proyectos durante los últimos tres años y que nos acaba de abandonar, una vez hubo llegado a término el período de vigencia de su contrato. Junto al agradecimiento a Susana, quiero dar la bienvenida a la investigadora Diana Loyola

Chávez. Diana, que es miembro de nuestra Cátedra desde hace ya un tiempo, será ahora quien se encargue de la Coordinación de Proyectos.

Confío en que la lectura de esta Memoria Académica 2020-2021 -cuya coordinación y edición ha sido, una vez más, obra de nuestros compañeros Nuria Villagra y Abel Monfort-, digo que confío en que la lectura de este libro aporte valor a quien leyere y, sobre todo, le dé que pensar y le pueda servir de acicate para elaborar de manera creativa nuevas ideas.

Madrid, a 18 de octubre de 2021.